

# El Factor Q

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2013, Juan Carlos Dörr B.

Diseño de portada: Djalma Orellana  
Diagramación y corrección de estilo: Antonio Leiva

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para Chile  
© 2013, Editorial Planeta Chilena S.A.  
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso. Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: septiembre de 2013

Inscripción N° 234.776  
ISBN 978-956-247-780-2

Impreso en: Salesianos Impresores S.A.

**J. C. Dörr**

# **El Factor Q**

 **Planeta**



*A mi mujer y mis hijos, autores de la paz espiritual  
que necesité para escribir este libro.  
Para ellos va mi enorme gratitud  
por sus constantes palabras de aliento  
y por la paciencia estoica con que soportaron  
mis largos periodos de aislamiento.*



# I

## *Agosto 2009*

La noche en que leí la noticia llovía a cántaros. Era una lluvia despiadada, que no había cesado en siete días, anegándolo todo, convirtiendo las calles en ríos. En todas partes se hablaba de «diluvio», se decía que era el vaciamiento de las aguas superiores por el desaguadero de las nubes, como si una fuerza tenaz se empeñara en lavarnos de la faz de la tierra. Pero yo no prestaba atención a esos augurios: aún no creía en los castigos del cielo.

Había olvidado dejar la calefacción encendida cuando salí por la mañana, como siempre con retraso, a atender de urgencia una consulta en el hospital en el que trabajaba como cirujano oncólogo. Por eso, al regresar adolorido y empapado a un hogar que la falta de calor volvía inhóspito, me tomó un largo rato recuperar la temperatura vital. Durante ese tiempo en el que mi cuerpo debió luchar contra el entumecimiento, busqué alguna tarea para distraer a mi mente. Y fue entonces que tomé una simple decisión que cambiaría mi vida: tras ir por una taza de café caliente encendí el computador.

Necesitaba seguir navegando por internet en busca de la escasa bibliografía disponible acerca de la vida y obra de August G. Friedman, desconocido aunque aventajado discípulo de Charles Darwin que escapó por un pelo al olvido absoluto de la ciencia quizás únicamente por una críptica sentencia: «Mi maestro encontró los hilos del tejido del recipiente, yo descubrí el grano que lo llenó».

Pocos datos se conservaban de su vida y obra. Se sabía que nació en Oxfordshire, que estudió en Cambridge, que conoció a Charles Darwin en Londres el año 1850 y que desde entonces lo frecuentó y estudió sus ideas. Sobre su obra se decía que, inspirado en el célebre viaje de su maestro alrededor del mundo, se habría embarcado desde Liverpool en el año 1857 rumbo a Sudamérica. Hay relatos que lo ubican camino a Valparaíso, en la entonces naciente República de Chile, sitio en el que, al parecer, planeaba instalar su centro de operaciones aprovechando sus contactos con uno de los muchos comerciantes ingleses asentados en ese puerto del Pacífico Sur. Desde ahí, Friedman habría emprendido un exhaustivo y antropológicamente muy interesante trabajo sobre especies extintas de primates que habitaron la vertiente occidental del gran macizo de los Andes durante la fase media del Pleistoceno.

Desafortunadamente, Friedman desapareció sin dejar rastro. Versiones medianamente confiables señalan que eso pudo suceder en el marco de una expedición a un campo glaciario casi inexplorado, cercano a un complejo volcánico activo en el corazón de la cordillera. Lo cierto era que Friedman se esfumó de esta tierra sin explicaciones, dejando sus trabajos inconclusos.

Yo necesitaba de esa información para una investigación que debía presentar en el Instituto Max Planck de Antropología Evolutiva, con sede en la ciudad alemana de Leipzig. Me había embarcado en esa tarea, a ratos tediosa, por insistencia del profesor que dirigió mi tesis de doctorado en medicina en la universidad de París Descartes, en París, Philippe Rabeaux. El doctor Rabeaux era también colaborador del Instituto Max Planck y me había convencido de presentar ese trabajo para postular al cargo de investigador en antropología en la sede del instituto en Alemania. La idea de perfeccionar mis estudios en ese país, lugar desde el que emigró a Chile mi abuelo, unida al hecho de que la Facultad de Medicina donde impartía clases en Santiago aplaudía la iniciativa, me impulsaron a asumir el compromiso.

Ante una sobrecargada agenda de médico y profesor universitario, debía quitarle horas a la noche para poder avanzar en las tareas de recopilación para ese estudio que poco y nada tenía que ver con mi trabajo. Era un fastidio que aportaba más estrés a mi ya ajetreada vida. Me costaba mucho sostener el ritmo de la investigación; el tiempo pasaba y solo había podido recopilar mínimas referencias bibliográficas. Era hora de que realizara un esfuerzo adicional.

¿Qué tenía hasta ese momento? Unas muy poco conocidas notas personales de Darwin en que se hacía una referencia muy general a su breve relación con Friedman y un conjunto de apuntes manuscritos, presumiblemente redactados por este último durante una de sus numerosas incursiones a los contrafuertes de la cordillera, en los que mencionaba algo impreciso sobre un asombroso hallazgo.

Antes de desvanecerse, Friedman había dejado fragmentos de sus escritos (o, mejor decir, de borradores de los mismos) al cuidado de un comerciante inglés de Valparaíso. Esas notas permanecieron en poder de ese hombre hasta su muerte, luego de la cual fueron donadas a mi universidad por sus herederos. Había dado con ellas tras mucho escurrir en los archivos olvidados de la facultad, tras horas y horas combatiendo mi agresiva alergia a los ácaros del polvo. Pero me quedaba la tarea de confirmar la autenticidad de las referencias contenidas en esas notas, y necesitaba hacerlo con urgencia.

Ocurrió entonces que, navegando en busca de un algo vago, muerto de frío, con la ropa todavía húmeda, llegué hasta la página del Museo



de Historia Natural de Londres y durante algunos minutos distraje mi atención en los anuncios de sus exhibiciones. Y ahí leí la noticia que puso en marcha una maquinaria cuyas dimensiones no podía imaginar en ese momento. Habían robado una serie de piezas que formaban parte de la colección de pieles de pájaros tropicales que el museo había recolectado durante más de 350 años.

Si bien en un principio la noticia del robo no me mereció la atención más allá de la simple reflexión respecto a lo absurdo del hecho, quedó dando vueltas en mi cabeza hasta transformarse, con el paso de los días, en una idea obsesiva. Y fue por ese camino que, un par de semanas después, caí en cuenta de que este hecho me recordaba a otro del mismo tipo pero mucho más antiguo: un relato familiar olvidado que había constituido un verdadero hito de mi niñez.

## II

Ocurrió en la primavera de 1922: Del mismo museo londinense fueron sustraídos los huesos fosilizados de un felino dientes de sable que había sido encontrado en una caverna ubicada en una estrecha y profunda quebrada en algún lugar de la gigantesca falla que formó el Gran Valle del Rift, África oriental. La osamenta había sido hallada a fines del siglo XIX por un naturalista inglés de apellido Thomas y enviada directamente a Londres, para ser exhibida en el departamento de Historia Natural del Museo Británico, como un posible miembro del género *Ursus*, aquel al que pertenecen los osos, etiqueta a todas luces equivocada. Mucho tiempo después de su descubrimiento, hacia el año 1920, y durante un inventario de las piezas que se guardaban en sus bodegas, expertos del museo identificaron la especie como un tipo particular de felino dientes de sable y dataron la osamenta en una antigüedad aproximada de un millón y medio de años.

Recuerdo que tomé conocimiento del robo en forma casi anecdótica, de boca de mi abuelo paterno, en alguna de las entrañables conversaciones que solía tener conmigo durante el verano, a inicios de la década de 1970. Ese viejo de mirada clara y sonrisa transparente despertaba en mí una apasionada admiración que él mismo se preocupaba cuidadosamente de cultivar, llevándome de la mano de sus muy bien conservados recuerdos.

Fue en uno de esos momentos, junto a la chimenea de su cabaña de descanso, ubicada cerca de un pequeño pueblo en los faldeos precordilleranos, que me relató con un aire teatral y de sumo misterio (el abuelo tenía para mis ojos de niño una sorprendente capacidad histriónica) lo

que él denominaba el extraño caso de los huesos prehistóricos «tallados». La historia que yo recordaba era vaga y se centraba en un curioso hallazgo, verdadero motivo del robo de la osamenta: la persona que la sustrajo, un filólogo experto en lenguas muertas que trabajó un tiempo en la sección de Historia Natural del Museo Británico, descubrió, quizás por azar, que las caras interiores de los huesos estaban profusamente marcadas por cortes regulares en forma de cuñas.

En un principio –relataba mi abuelo mientras abría sus ojos de un diáfano color celeste, que brillaban por efecto de la luz del fuego de la chimenea– nadie había notado esta situación, dado que los cortes se hallaban escondidos en las caras internas de los huesos y estos se encontraban parcialmente cubiertos por restos del material de la caverna en la que fueron encontrados. Así, nadie reparó en «el lado interno» hasta que, en un proyecto de investigación, le correspondió al ladrón realizar el trabajo de limpieza de los huesos.

Como es de imaginar, el hallazgo sorprendió al filólogo, que enseguida entendió sus dos posibles significados: que hombres del Paleolítico habían encontrado los huesos y los habían utilizado para cierta clase de expresión literaria o artística, lo cual resultaba alucinante aunque poco probable, ya que las caras talladas se encontraban adheridas al sustrato del que se sacaron, muy anterior al Paleolítico, o...

Y allí, ante la segunda posibilidad, fue el filólogo el que quedó petrificado: homínidos de hacía un millón y medio de años pudieron haber poseído un lenguaje. Tal hipótesis sonaba imposible, pero a la luz del hallazgo aparecía como probable. Esta sería la investigación de la vida del filólogo, quien en ese momento decidió dirigirse a África, al lugar del que provenían los huesos, para averiguar más sobre su origen.

El filólogo no habló con nadie sobre su hallazgo y comenzó una campaña solapada para intentar conseguir los fondos que le permitirían llevar a cabo una investigación de campo en África. Se trataba de un estudiante que se encontraba preparando su tesis y que en el fondo nunca creyó firmemente en conseguir apoyo financiero para su expedición. Esa misma falta de convicción fue la que le cortó los caminos al proyecto. No había mayor interés en salir en busca de algo sin indicios antropológicos. ¡Cuán distinta hubiese sido la reacción de esos escépticos si el filólogo hubiera hecho público su descubrimiento! Pero, en ese caso, las investigaciones habrían estado a cargo de científicos del museo y a él le hubieran dejado de lado. Imposible. Era su descubrimiento y solo a él le correspondía seguir adelante. ¡Homínidos de más de un millón de años de antigüedad, parlantes y con idioma escrito! Era asombroso. Un cambio radical en nuestros conocimientos sobre la humanidad.

Fue entonces que el filólogo decidió robar las osamentas. Cerca de 200 kilos de huesos fosilizados no eran tarea fácil. No recuerdo que mi abuelo me hubiera relatado la manera en que el ladrón logró su cometido. Sí recordaba el entusiasmo con que me transmitió su idea de que el ser humano moderno es mucho más antiguo de lo que hoy en día se supone. Su expresión, apasionada aunque solemne, me hizo sentir partícipe de una confidencia, de un conocimiento fundamental y secreto.

¡Cómo debieron de haberme brillado los ojos!

La recuperación inesperada de aquel pequeño trozo de mi vida me causó un enorme agrado y junto con eso, la noticia leída sobre las pieles de pájaro robadas quedó indeleblemente adherida a mis reflexiones y sueños durante las semanas siguientes.

No sé bien por qué la reciente noticia de un robo me hizo recordar tan fuertemente el remoto relato de otro. Tal vez fue porque recordaba también haber oído decir a mi abuelo que, junto a las osamentas, el filólogo había sustraído del museo el cuerpo embalsamado de una pequeña ave. Lo cierto es que hecha la conexión surgió en mi cabeza una gran curiosidad. Quería saber si el filólogo había tenido éxito en su proyecto de traducir aquello que estaba escrito en los huesos de esa bestia paleolítica o si, por el contrario, se desvaneció de este mundo sin alcanzar su meta.

### III

Así, casi sin darme cuenta, me fui involucrando en una investigación sobre mis primeras memorias.

Para comenzar recurrí a las cosas almacenadas por mi padre en el entretecho de su casa en la ciudad. Iba en busca de un artículo en particular, que permaneció en mi familia, guardado, o mejor dicho arrumado, como una de las pocas posesiones dignas de ser conservadas: el diario del abuelo. Mi padre ya casi no ocupaba su casa: él y mi madre, ambos de profesiones científicas —él médico y ella arqueóloga— habían decidido, diez años atrás, aprovechar un financiamiento que les fue dado por la Universidad de Harvard para llevar adelante un estudio de culturas precolombinas que se desarrollaron en el gran altiplano andino. Por tal motivo habían mudado su domicilio al desierto de Atacama. Allí mis padres habían comenzado las investigaciones sobre las culturas más antiguas de América del Sur y alguna vez los oí decir que estaban en la senda de encontrar los vestigios de un imperio que prosperó en la región andina cuatro mil años antes de Cristo y que habría sido tanto o más desarrollado que Egipto.

La verdad es que ambos, a pesar de su edad, viajaban como niños detrás de sus sueños, y aunque no encontraran sino el abrasivo poder del polvo como único emperador de esas soledades del desierto, yo sabía que eran felices en su mundo de sueños, al igual que lo había sido, antes que ellos, mi abuelo, persiguiendo la demostración de sus cuestionables teorías sobre el origen de la humanidad.

No pude contactar a mi padre, de manera que debía aventurarme en su casa, ahora prácticamente abandonada. Y lo hice entrando, cual ladrón, por la misma ventana que de niño usaba para escapar de noche con mis amigos. Encontré el diario rápidamente y, a causa de las malas pasadas que de improviso nos suele jugar la nostalgia, me llenó los ojos de lágrimas antes que la mente de recuerdos. Con él en el regazo remonté el curso de los años buscando ese momento perdido: la causa de mi esfuerzo por devolver el tiempo atrás. Para tener éxito necesitaba construir los andamios que me permitieran acceder a la historia de la amistad entre el abuelo y aquel misterioso filólogo.

En el diario encontré varias páginas en las que se consignaban sus conversaciones con quien, me pareció, debía ser dicha persona. La lectura me producía un entrañable vértigo: un efecto esperable al ver confirmada, en el papel, la veracidad de lo que hasta ese momento se mantenía en el patio trasero de mi mente.

A ratos la lectura se dificultaba por algún estornudo: el polvo acumulado en esas páginas atacaba sin piedad. No cabían dudas de que el diario llevaba años sin ser abierto, acaso desde antes de la muerte de mi abuelo, a finales de 1975. En esas páginas, mi abuelo se refería al filólogo como un profesor inglés a quien identificaba como el «Señor M», quizás para proteger su identidad ante la confesión del robo contenida en las notas. En esas líneas, manuscritas con cuidada pero compleja caligrafía, se narraba cómo fue que ese hombre y el abuelo se conocieron y trabaron amistad hacia el año 1937 en la ciudad alemana de Heidelberg. Según mi querido viejo contaba, eso ocurrió cuando ambos asistían a un ciclo de conferencias sobre paleontología y antropología dictadas por un profesor consignado en las notas con las iniciales «CJ». Según se apuntaba en el diario, la temática de esas conferencias era «la presencia del mito en la mente del hombre primitivo». Aunque mi abuelo era médico de profesión, había estudiado algunos semestres de Paleontología en Heidelberg, y durante su vida siguió perfeccionándose en esa ciencia que llegó a convertirse en su gran pasión y a la cual dedicó casi todos sus años como académico en Chile.

El abuelo describía al filólogo como un hombre de personalidad magnética y de maneras agradables, aunque no daba detalles de sus características físicas. Al pasar mis ojos por las páginas de su diario,

el abuelo volvía a aparecer en las imágenes de mi memoria tal como lo recordaba en mi infancia; con un realismo que era casi obra de un conjuro, volvía a hablarme a través de los años, directamente a mi alma, y me contaba cosas que nunca tuvo oportunidad de relatarme en las largas horas que pasé con él junto a la chimenea.

Ahí se encontraba, al fin, decorada por un mayor grado de detalles, la información que estaba buscando: la referencia directa a la historia del robo de las osamentas del felino dientes de sable con las inscripciones misteriosas. El diario consignaba que en el museo había sido catalogado como un posible miembro del género *Megantereon*, tal vez un *Megantereon cultridens*. Hacía notar que los datos de esa especie eran escasísimos por cuanto se basaban en los muy pocos hallazgos realizados a partir de 1820 en Europa. Eso explicaba que en 1891, cuando el explorador sir William Thomas llegó a Londres con los huesos del animal, no fuera bien catalogado. De hecho, el esqueleto sustraído por el Señor M podía ser el mejor conservado del que se tuviera noticia.

Supe por esos apuntes que al finalizar las conferencias volvió a su natal Leipzig, donde trabajaba como médico y profesor, y que M regresó a su hogar en Londres con la intención de preparar una nueva expedición a África. El abuelo volvió a encontrarse con el Señor M en otras oportunidades, de las cuales solo quedaron en el diario unas pocas referencias, de carácter muy general, principalmente centradas en el hecho de que les gustaba conversar sobre temas relacionados con las poblaciones paleolíticas. El diario hablaba con algo más de detalle sobre un último encuentro, hacia el año 1939, en Oxford, luego del cual el Señor M se habría dirigido a un destino no precisado en África Central, desde donde solo mantuvo contacto esporádico por correspondencia con mi abuelo. De esa correspondencia no pude averiguar nada, pues las hojas del diario que hubiesen podido contenerla habían sido arrancadas. Solamente quedaba una página final con una casi ilegible referencia a algunas de las epístolas que un discípulo no identificado del Señor M le escribió a mi abuelo hacia el año 1968. Tras esa página aparecían apenas identificables tres letras: *a e w*. Escaneé con la mirada todos los vértices de la hoja y el diario intentando encontrar una pista que me ayudara a descifrar el sentido de esas letras, pero allí no había nada más.

Para mi consuelo, el diario sí hacía mención a otros pasajes de la vida del abuelo. Se esbozaban, por ejemplo, las circunstancias que lo motivaron a trasladarse de Alemania a Chile. Fue hacia marzo del año 1938, poco tiempo antes de que comenzara la Segunda Guerra, cuando el abuelo, que en ese entonces contaba con 45 años de edad, decidió aceptar un trabajo en Sudamérica para impartir cursos en la Escuela de Medicina en la Universidad de Chile. Para él, un hombre de ciencias

nacido en una de las ciudades culturalmente más activas de Alemania, hijo y nieto de hombres de ciencia, debió haber sido una decisión difícil. Pero a mí, un hombre enamorado de las bellezas naturales de mi tierra natal, me resultaba casi imposible sopesar la verdadera dimensión del conflicto interno por el que debió pasar el abuelo al verse forzado a abandonar su propia tierra para mudarse a un lugar tan lejano.

Al principio, cuando pensaba sobre el tema, apenas si me atrevía a aventurar que su decisión tuvo que ver, en gran parte, con la posibilidad de alejarse de los desquiciados avatares de la Alemania de la época. Solo con el tiempo averiguaría que mi abuelo se alejó de Europa como única manera de buscar un lugar seguro para resguardar un conocimiento que, con los años, se le haría insoportable.

En su camino a Chile, aprovechando que su contrato se hacía efectivo a partir del año académico siguiente, que en el hemisferio sur comienza en el mes de marzo, casi un año después, hizo una parada en Inglaterra para cumplir con un compromiso académico que había contraído con la Facultad de Antropología de la Universidad de Oxford. Él suponía que ese compromiso lo mantendría ocupado en esa universidad durante todo un año. Sin embargo, la efervescencia política que había contra Alemania en la víspera del inicio de la guerra terminó por convencerlo de acortar su estadía en Inglaterra y, a seis meses de su llegada, continuar su viaje a Chile. Aun así, ese tiempo en Oxford habría de cambiar su vida: fue ahí donde conoció a mi abuela, una estudiante irlandesa de Literatura que cursaba tercer año en esa universidad, quien, por lo que recuerdo de sus propios relatos, quedó prendada de mi abuelo cuando asistió a una de las conferencias que este impartió sobre las más modernas teorías existentes en esa época respecto al nacimiento del lenguaje, bajo el título «Conciencia y lenguaje».

Eran tiempos difíciles, de esos que hacen proliferar las decisiones apresuradas. Y, para una británica, casarse con un profesor de origen alemán, al inicio de una guerra en que Alemania sería el enemigo, parecía, más que una decisión apresurada, un verdadero acto de locura. Pero mi abuela era una mujer muy inusual para su época, independiente y porfiada, y decidió de todas formas contraer matrimonio, aun contra la férrea oposición de sus padres, quienes, al enterarse de la noticia, viajaron directamente desde Dublín en un intento desesperado e inútil por impedirlo. Y así, esa mujer de temperamento de hierro decidió, por sí y ante sí, dejarlo todo para iniciar una aventura que comprometería el resto de su vida al otro lado del mundo, en Sudamérica.

La abuela murió el año 1985 y un velo de misterio cubría su biografía. Al pensar en ella, únicamente evocaba a la mujer abnegada y generosa que invertía su tiempo y esfuerzos en el bienestar de su familia.

Pero si quería ir más lejos, para traer de vuelta los sentimientos de su corazón y averiguar cuáles eran sus ideas y sus sueños, qué le gustaba hacer en su tiempo libre, qué música prefería o cuál era su escritor favorito, chocaba inexorablemente contra un muro: me daba cuenta de que no conocí a la abuela y que la imagen que tenía de ella había sido importada de los cuentos de mi padre. Lamentaba más que nunca haber perdido para siempre la oportunidad de conocer a esa mujer que supo estar tan cerca y que ahora, cuando la necesitaba, era poco más que una raída imagen mental hecha de parches de relatos y recuerdos.

En todo caso, sabía que le debía a ella y a su interés por la literatura y al amor por su esposo, el hecho de que todos los manuscritos del abuelo se hubieran preservado, archivados y en orden. Eso lo supe por las notas del diario: allí contaba que todos sus trabajos y escritos habían sido archivados en cajas y enviados a una bodega en Inglaterra, aunque no precisaba dónde. Incluso los trabajos realizados después de su llegada a Chile se encontraban en teoría guardados ahí.

Otro llamado de atención: ¿qué pudo justificar la molestia y el costo de enviar sus trabajos al otro lado del mar?

¡Qué lejos estaba en ese momento de adivinar el motivo!

#### IV

Tras darle varias vueltas y meditarlo durante casi un mes, decidí viajar a Londres, adelantando unos días mis vacaciones. Por lo demás, según pensaba entonces, la investigación me tomaría no más de un par de semanas. Así organicé los compromisos de mi trabajo, pospuse varios de ellos, vencí mi natural miedo a volar, compré un pasaje en una línea aérea que estaba en promoción y me dispuse, como un niño frente a la promesa de una aventura, a partir con destino a la siempre tentadora Londres.

Mi misión sería encontrar el archivo de documentos al que mi abuelo hacía referencia en su diario y llevarlo conmigo de vuelta a Santiago. Quería usar los conocimientos que ese entrañable hombre de ciencias había recopilado durante su vida para preparar, en su memoria, un trabajo de investigación que publicaría con la ayuda de la Universidad Católica de Chile. Además, esa idea constituía un pretexto perfecto para embarcarme en semejante tarea, dejando de lado mis compromisos profesionales y la tediosa investigación que estaba desarrollando para el Instituto Max Planck.

Siguiendo la vocación docente de mis padres y de mi abuelo, yo impartía clases de anatomía en la Facultad de Medicina de la UC, y

el decano de la facultad financiaría con gusto una buena investigación antropológica, siempre y cuando encontrase la manera de relacionarla con algún área de la medicina. Pensé bien en cómo presentar el asunto y decidí que me centraría en un postulado polémico: la hipótesis de que fue la adquisición del lenguaje la responsable de impulsar los procesos que provocaron una transformación radical de la anatomía del hombre primitivo. Ciertamente el órgano de la laringe, que contiene las cuerdas vocales, debió sufrir profundas modificaciones para permitir al hombre primitivo realizar la gran cantidad de sonidos que requiere la implementación del lenguaje. Pero la cuestión clave estaba en resolver el viejo dilema del huevo o la gallina: ¿qué fue primero?, ¿la aparición de la laringe abrió el camino para desarrollar el lenguaje o la capacidad de crear el lenguaje provocó la serie de transformaciones que con posterioridad llevaron a la aparición de laringe como hoy la conocemos? Y planeaba ir más allá: ¿pudo el lenguaje gatillar otras transformaciones anatómicas en nuestra especie? ¿Cuáles?

El punto de partida de la investigación se apoyaría en la descabellada suposición de que el lenguaje apareció hace un millón y medio de años, hipótesis que, por insostenible que pudiera parecer al mundo científico, no podía ser descartada si aceptábamos la veracidad de la historia del fósil de *Megantereon*. Pero entonces, ¿dónde estaban los restos de esos hombres? Durante muchísimos años, los arqueólogos habían trabajado en África, descendido a sus cañones y hurgado en sus grietas y cavernas, en busca de los restos que les permitieran datar la aparición del hombre moderno, sin que nada hubiera dado evidencia para sostener lo que yo me proponía demostrar. Hasta ahora, contando con información aún fragmentada e incompleta acumulada desde el importante descubrimiento de Lucy, una *Australopithecus afarensis* de unos 3,5 millones de años, se había podido construir un modelo evolutivo en el que muchos géneros de homínidos se fueron desarrollando en forma paralela; de ese modo, no siempre había sido fácil, al estudiar los fósiles, establecer una sucesión evolutiva clara.

Algunos llegaron a sostener que el hombre actual, el *Homo sapiens*, el hombre consciente, puede descender de un antepasado primate, al que sus descubridores llamaron *Homo erectus*, que habitó en África y luego Asia, e incluso Europa, hace 1,6 millones de años. Pero la sucesión entre una y otra especie no era clara. También estaba en el tapete otra especie que parecía haber descendido del *Homo erectus*, era el *Neanderthal* que, según podía desprenderse de los fósiles encontrados en Europa y Asia, habría aparecido hace 350.000 años para, luego de un largo periplo por la extensa era glacial, extinguirse 30.000 años atrás por causas que no están del todo claras, pero que muchos asocian a



la acción de nuestra especie. Del enigmático *Neanderthal* se sabía que fue extremadamente fuerte, que fue un hábil cazador, que dominaba el fuego y que enterraba a sus muertos. Incluso muchos creían que ese homínido distinto a nuestra especie también tuvo lenguaje, o al menos algún grado de pensamiento simbólico. El hallazgo de partes fosilizadas de la laringe indicaría que podía formular sonidos como las vocales; y la presencia, cerca de los restos de esos homínidos, de algunos escasos huesos de animales de la era glaciario, débilmente grabados como si fueran rudimentarios talismanes, y de otros rastros de posibles rituales de entierro de sus muertos, serían una señal de que el hombre de *Neanderthal* practicaba ritos y atribuía a objetos un significado simbólico.

Pero todos los conocimientos de la ciencia sobre el origen del hombre se apoyaban en huesos y ellos no hablan, no nos relatan qué hubo dentro de los corazones que latieron para darle calor a la carne que a ellos se aferraba. Por eso, toda construcción antropológica se tenía que conformar con la feble herramienta de la suposición. La ciencia asumía que solo le restaba mirar hacia el pasado para «adivinar» cómo fue ese tiempo en que sobre la tierra hubo dos especies que hablaron, dos especies que elevaron plegarias a los dioses y, quizás en vano, esperaron de ellos misericordia y redención.

Pero esas imágenes quedaban fuera de mi campo. Para mí, la pregunta se limitaba a aquella que mejor pudiera aproximarme a los hechos. Mi cuestión era la siguiente: cuál fue el verdadero vínculo entre el *Homo sapiens sapiens* y el *Neanderthal*, y qué relación tenían ellos con aquella especie que dejó grabada su escritura en los huesos de un animal más de un millón de años antes de que el primer *Neanderthal* conocido pisara la tierra y más de un millón y medio de años antes de que nuestra especie abriera sus ojos. Eran muchas preguntas, pero todas podían resolverse mediante la comprobación de una sola hipótesis. Y eso era lo que me disponía a hacer: demostraría, apoyado en las notas y documentos de mi abuelo y en las investigaciones que a partir de esas notas y documentos pudiera hacer que el humano moderno, y tal vez también el hombre de *Neanderthal*, son mucho más antiguos como especies de lo que se creía.

## V

Era la víspera de Navidad y el día amaneció pegajoso: el calor, el ajeteo de las compras de última hora, el tráfico de locos. Eché de menos la idea de Navidad del hemisferio norte, la de tantas películas, la de tantas historias. La Navidad bajo la nieve.

El hospital parecía reconocer el cambio de ritmo. Más gente de lo habitual se acercaba a las consultas y atiborraba los pasillos. Mi nombre sonaba por los altavoces una y otra vez. Que John Feller aquí. Que John Feller acá. Mi consuelo se centraba en que no tenía regalos que comprar. No había compromisos que distrajeran mi mente, que la condujeran al estrés agobiante de ese día que a todos parecía transformar.

La hora de almuerzo fue un pequeño oasis. Quedé con Daniel Tupper, un estudiante de mi clase, para conversar sobre los *papers* que estaba estudiando. Ese joven se había transformado en los últimos tres años en más que un alumno; era, si podía decirlo, un verdadero amigo y mi único confidente. Él estaba divertido con la idea de que su profesor se hubiese vuelto loco y se fuera a Inglaterra detrás de historias infantiles. A mí también me causaba gracia. Y desde cierto punto de vista, me hacía bien escuchar a alguien que me dijera cuán loco estaba, que ratificara mis sospechas. Eso, curiosamente, me hacía sentir más cuerdo.

La parte más dura del día se la llevó la tarde: cuando volví del hospital a mi departamento y me encontré con la soledad de siempre, pero magnificada por no tener a nadie a quien saludar por la Navidad. Al principio no me dejé embaucar por los juegos de la mente. Tenía que hacer mis maletas, coordinar las últimas cosas, contestar correos... Pero con el pasar de las horas, esas tareas se fueron terminando. El hecho de tener un tiempo acotado me hacía más eficiente. Y cuando ya todo estuvo más calmado, las reflexiones comenzaron a amenazarme. Era el momento perfecto para transformar la soledad en algo insoportable. Recordé en ese momento al poeta Neruda, que decía en su poema «Alturas de Machu Picchu» que hay un momento en que «la soledad se hace espesa», y ese es el de «la noche de fiesta». Experimenté en carne propia la verdad encerrada en ese verso.

El solo imaginar cómo allá afuera la gente se reunía, abrazaba, reía y repartía regalos, hacía que se volviera espeso el aire y me resultara difícil respirar. Pero esa nostalgia no iba conmigo, al menos no conscientemente. No me gustaba revolcarme en ella. Prefería mantener mi mente ocupada en cualquier otra cosa. Por eso, para ahuyentar los fantasmas, decidí llamar a mi exnovia para contarle acerca de mi decisión de viajar a Londres.

Los viajes siempre me han provocado un sentimiento de vértigo, una nostalgia vaga, una sensación de ir a la deriva, y en aquel momento se estaba haciendo evidente que ese sentimiento se incrementaba por la natural atmósfera nostálgica que envuelve a toda esa cuestión navideña. Pero había algo más. Otra cosa difícil de definir: unida a la melancolía me rondaba una angustia por momentos sofocante. Una sensación de urgencia y de miedo que no sabía cómo explicar.

Estuve un largo rato con mi teléfono celular en la mano, mirando el nombre de mi ex en la memoria de directorios y ensayando torpemente una infinidad de diálogos, e igual número de pretextos, para hacer la llamada.

Hacía meses que no hablábamos y aun cuando tenía ganas de oír su voz, el recuerdo de los malos momentos finales, en que nuestra relación había muerto de inanición al encallar en el frío glacial del permanente encontrarnos incómodos en el silencio, me hacía temer el enfrentar nuevamente la aspereza de su voz. Pero la urgencia de hablarle pudo más.

Al otro lado del teléfono me encontré con una voz que reconocía bien, una voz distante que entraba en mis oídos como una guadaña cortando el hilo de mis propios razonamientos. La conversación se limitó a unos pocos monosílabos, despojados de cualquier atisbo de emoción. Yo me iba a Londres, que me fuera bien, que muchas gracias, que lamentablemente ella, en ese preciso momento, iba saliendo, que si quería la podía llamar a mi regreso para que habláramos más en extenso.

Oí del otro lado del auricular cómo, a lo lejos, una voz masculina la instaba a colgar. Me di cuenta de que estaba sobrando en la escena, cuando lo que yo quería era algo muy distinto: iniciar una aventura, ser protagonista de mi propio viaje y no un apéndice en el camino de otros. Me disculpé por haberla molestado y me juré en ese momento y para siempre que nunca más la volvería a llamar.

Ahora sí que la noche sería larga. Sus maneras no habían contribuido a calmar mi ansiedad, de modo que casi no pegué un ojo esperando al taxi que me llevaría al aeropuerto y que estaba programado para las cinco de la mañana.

Por largas horas intenté mantener el alma a flote en un lago sin orillas, repitiéndome que el dolor terminaría pronto, aun cuando temía que no fuera cierto. Tarde apagué la luz y con mi cabeza en la almohada deseé, en mi mente, una feliz Navidad a mis padres, donde fuera que se encontraran.

## VI

Cuando subí al avión me di cuenta de que ahí tampoco iba a dormir.

Así, aproveché las largas horas de insomnio que me provocan el miedo a los aviones y la incómoda estrechez de los asientos para leer y releer ese diario de mi abuelo que cada vez se parecía más a una obsesión. Intentaba descubrir, o imaginar, en qué lugar de Inglaterra mi abuela habría podido guardar los archivos de su marido. Aunque el

diario no daba pistas al respecto, el hecho de que hubiese sido profesor honorario en Oxford por seis meses me llevaba a suponer que el archivo podía encontrarse allí.

Poco antes de cerrar el diario reparé en un detalle: en la última página, luego de «las arrancadas», podía percibirse un apenas legible trazo de tinta. Intrigado, miré la hoja a contraluz y me pareció ver una suave hendidura, como si hubieran escrito algo con fuerza en la página anterior y hubiese quedado un surco en la siguiente. Busqué entre mis cosas un lápiz y lo raspé sobre la hoja para que el grafito cayera sobre el papel y revelara aquello que estaba oculto en el surco. Ahí aparecieron letras y números: VL 34/68. Traté de imaginar su significado, pero fue inútil. No tenían sentido para mí.

Para distraerme en otra cosa revisé mis papeles de viaje. Entre ellos estaba el voucher de mi alojamiento. Desde Santiago había reservado una habitación sencilla en un hotelito cerca de la calle Queens Gate, en el barrio de South Kensington. Aun cuando se suponía que mi visita tenía un propósito de investigación y no de placer, quería ubicarme en un barrio que me permitiera disfrutar de la ciudad. Además, la calle de mi hotel era la misma del Museo de Historia Natural, escenario de los hechos de mis recuerdos, y era ahí donde quería empezar.

Llegué a Londres ya de noche. El viaje se me hizo eterno, pero al menos me dio la oportunidad de leer en profundidad el diario de mi abuelo Carl Feller. No estaba de ánimo para tomar el tren subterráneo desde Heathrow hasta la estación de South Kensington, de manera que opté por un taxi cómodo y espacioso, ciento por ciento londinense.

Llegaba golpeado por las horas de insomnio, y tras el vidrio la noche húmeda y fría oficiaba de telaraña atrapando unas reflexiones que se volvían lánguidas y carentes de propósito. Volví a experimentar una antigua y reconfortante autocompasión ante la inclemencia con que el tiempo nos arrebató las cosas: iba tras las huellas de mi abuelo para encontrar los documentos que hace mucho había guardado mi abuela, y ambos seres, que fueron pilares de mi infancia, hacía ya mucho que me habían sido arrebatados. El tiempo también fue el que me llevó a alejarme de mamá y papá, rompiendo todos mis juramentos infantiles sobre que seguiríamos juntos para siempre.

Había sido obra del tiempo, en fin, la acumulación de ese moho en la memoria, que me llevó de a poco, casi diría que imperceptiblemente, a enfrascarme en una vida de hospitales y aulas, reduciendo mi existencia a un ir y venir desde mi departamento al trabajo; desde mi cama al quirófano. Había dejado todo postergado y cosechaba ahora una vida de proyectos en carpeta, en la que el amor, la familia e incluso las amistades habían ido retrocediendo por obra de la indiferencia.

Nunca antes como en ese taxi me había detenido a pensar en cuán solo estaba. No iba a llorar, pero quizás tenía ganas de hacerlo...

En el vidrio empañado del taxi dibujé una imagen sin sentido para quitarle el sentido a esos pensamientos. Era la imagen de un círculo que en su interior tenía una figura, una serpiente, o algo así. Lo hice de manera completamente inconsciente, y a pesar de ello, cuando reparé en sus detalles, me causó una cierta idea de familiaridad.

## VII

Ya en el hotel, y mientras me sacaba la ropa, impregnada de esa desagradable suciedad de aviones, taxis y aeropuertos, tratando de alejar los fantasmas que me acompañaron en el largo viaje, me asaltó una extraña sensación, la primera de una larga sucesión de ellas que estaban a punto de llegar a mi vida. Me senté sobre la cama, desnudo, y miré mis manos, que temblaban levemente. Sentía un frío intenso, pero a la vez comencé a transpirar. Y empezó a crecer en mí la sensación de estar siendo observado. Como si alguien hubiera pasado por detrás de mi cama y se hubiese detenido un instante a contemplar lo que hacía.

Miré hacia atrás. Tenía la piel erizada.

Pero no había nada.

La observación de mis manos me devolvió a los pensamientos que había dejado de lado.

«¿En qué estaba?», me pregunté en voz alta.

Y recordé.

En los demonios de la mente, en las cavernas del corazón: en el territorio que, a fuerza de odiarlo, tanto aman los poetas. ¿Qué más podía agregar acerca de un tema en el que ninguna parte de mi cuerpo quería disentir?

«¿Qué más?».

¿Será acaso que así como para poder ver las estrellas es indispensable la oscuridad del cielo nocturno, también en el alma, para poder encontrar luz es necesaria esa oscuridad en la que nos sume la melancolía? De ser así, ciertamente esos sentimientos que necesitaban de las lágrimas como las estrellas de la noche eran los poemas.

Pensar en su génesis y sentido, a esa hora, en la soledad de la búsqueda que comenzaba, me provocaba odiar nuestra absurda necesidad de amar.

«Son terribles los demonios que nos rondan», pensé. «Terribles pero necesarios», meditando sobre eso garabateé unos versos del poeta alemán Rilke sobre una hoja de papel.

Ya recostado sobre la estrecha cama de la no menos estrecha habitación, decidí conectarme a internet desde mi computador personal. Quería, antes de dormir, dar con la manera de llegar a Oxford. Pero buscando esa información en la red, otra cosa atrajo mi atención: el anuncio de que se encontraba abierta una matrícula especial dirigida a profesores universitarios para un seminario de medicina forense que se impartiría a cargo de la Facultad de Ciencias Médicas. La postulación para la misma debía realizarse a través de las respectivas universidades en las que los interesados se desempeñaran como profesores. El curso empezaba recién en una semana, tenía una duración de doce días y ofrecía como distracción una serie de tours por los distintos edificios de la universidad, las antiguas instalaciones de Oxford y, por supuesto, sus bibliotecas.

Era eso lo que necesitaba. Además, la oferta incluía alojamiento para las noches de estadía y transporte de ida y vuelta desde y hacia Londres. Todo por un precio razonable. Sin perder un minuto envié un correo a mi facultad, con atención a su decano, un buen amigo, pidiéndole que elevara mi postulación al curso.

Eran cerca de las diez de la noche en un Londres gélido y apenas iluminado por la luz de los faroles que le disputaban espacio a las desnudas copas de los árboles. Hacía veinticuatro horas que no dormía, pero sin embargo volví a mi computador movido por una última idea: sabía que era difícil ubicar a papá en su retiro en el desierto de Atacama, pero necesitaba de cualquier información que él pudiera entregarme. Sobre todo, quería saber dónde había vivido la abuela en Londres.

Escribí un mensaje que envié a su correo con la esperanza de que lo revisara pronto, y no bien hube terminado con esa última tarea, caí en el ansiado sueño. Un sueño más profundo de los que habitualmente tenía, un sueño sin sueños, un sueño en total oscuridad.

Algo extraño pasó esa noche en mi habitación. Algo que, desafortunadamente, no llegaría a notar sino hasta algunos días después, en las víspera de mi acelerada partida a Oxford. Sobre la hoja en que, recordando un verso de Rilke, escribí «nadie habló de victoria, resistir es todo», aparecía otra frase.

Una frase que, definitivamente, yo no había escrito.

## VIII

Ya era tarde cuando logré levantarme de la cama ese día 26 de diciembre que afuera moría de inanición por la falta de luz. Tenía los músculos doloridos por el viaje, pero estaba de mejor ánimo o, mejor dicho, la expectativa del día me hacía querer estarlo.

Debía ocupar el tiempo mientras esperaba noticias de mi postulación al seminario en Oxford, y me sumergí en mi computador buscando algo interesante para hacer o ver. Así fue que volví a entrar a la página oficial del Museo de Historia Natural. Se anunciaba una interesante exposición sobre Charles Darwin y decidí que iría a visitarla. Guardaba la secreta ilusión de que mi presencia en ese lugar, que acunaba los misterios de mis fantasías y recuerdos, pudiera darme luces sobre la historia tras la que me hallaba.

Mi hotel se ubicaba a escasas cuerdas del museo. El día estaba cubierto por una gruesa capa de nubes grises y el aire se sentía muy frío, mucho más que lo usual para finales de diciembre. Pero eso no me sorprendió ni mermó mis ganas de salir: en esa época del año, los días son cortos y grises por principio y aunque no llueva, el sol es un privilegio que pocas veces se deja gozar. De hecho, el aire helado activó mis músculos y me animó a caminar rápido.

Me quedé un largo rato contemplando el imponente edificio del museo. La bella construcción victoriana estaba parcialmente cubierta por enormes lienzos que anunciaban diversas exposiciones sobre Darwin y la teoría de la evolución en el nuevo «Centro Darwin».

Entré, comencé mi recorrido, y una sensación de alegre nostalgia invadió mi espíritu al mirar el hall de entrada y el esqueleto del enorme *Diplodocus* que lo adorna con su desnuda envergadura. Al instante ya me encontraba sumergido en ese universo atemporal de los fósiles y las reliquias que nos hablan de periodos ya extintos. Casi pude adivinar cómo pudo haberse sentido M... al trabajar en sus insospechadas dependencias y su euforia al encontrar aquellos para mí ya míticos signos tallados en los huesos del *Megantereon*.

«¿Cómo habrá sido ese animal en vida?». Me preguntaba qué causas ya remotas lo habrían llevado a terminar en la fosa donde fue encontrado con sus omóplatos convertidos en un libro que narraba historias en un idioma tan perdido e irrecuperable como las conciencias de los seres que alguna vez se expresaron con él.

Ahí me ubicaba, sin saberlo, en el epicentro del origen de mi investigación: en el primer peldaño de una larga cadena de eventos que habrían de llevarme a descubrir cosas asombrosas y a desenterrar enormes misterios dormidos.

Recorrí por largas horas los salones del museo buscando un algo ignorado en un no-sé-dónde de laberintos al parecer interminables. Observaba las colecciones de huesos de homínidos remotos como si fuesen la inusual estridencia remanente de sus vidas, su eco, y comparaba en la imaginación esas reliquias con mis huesos, que escasamente se adivinaban tras la carne de mis manos.

La vida es una composición hecha solo de unas cuantas variaciones sobre el mismo tema. Tanto tiempo transcurrido y las mismas notas se han tocado una y otra vez con pequeñas diferencias tonales. Diría que logré sentir algo parecido a la conexión que nos une a esa misma partitura, la de los seres vivos, y no pude evitar pensar si, entre tantos compases ensayados, éramos nosotros la culminación, la apoteosis, o si por el contrario solo alcanzábamos el estatus de un pequeño compás en los desvaríos del compositor.

Almorcé en el mismo museo y extendí mi visita a todo el día. Terminé esa tarde muy cansado, echado sobre la cama de mi cuarto de hotel, después de haber comido algo en la barra de un pub cercano. Me disponía a encender la TV cuando sonó el teléfono de la habitación.

Lo contesté esperando oír del otro lado la voz de la recepcionista, pero para mi sorpresa apareció la voz de mi padre.

Se oía intrigado por lo de mi viaje. Mamá parecía estar detrás de él. Creí escuchar que le susurraba algo al oído. Para empezar, era curioso que se tomara la molestia de llamarme directamente en lugar de limitarse a responder a mi correo, como era lo usual en nuestros esporádicos contactos.

—John, hijo, recibí tu e-mail. Fue una suerte que pudiera leerlo. Imagínate que solo hoy hemos bajado con tu madre de Pachamani, un poblado altiplánico diminuto donde estamos trabajando en la excavación de un cementerio indígena muy antiguo —la interferencia hacía que su voz fuera y viniera en el auricular; de todas formas se notaba entusiasmado—. Estamos fascinados con la arquitectura de las pequeñas iglesias de estos pueblitos. De verdad debieras verlas, son maravillosas... E intrigantes. Jamás imaginé que semejantes templos pudieran mantenerse en pie por tantos siglos en unos caseríos hace ya mucho tiempo abandonados en las soledades del desierto. Mira, no tengo mucha batería en mi teléfono satelital y la señal es precaria. ¡Cuesta tanto enlazarse a esos malditos satélites! Ya te contaré en detalle en qué estamos. Estoy seguro que te va a interesar muchísimo. Pero, hijo, escucha, no imagino qué se te ha metido en la mente para querer viajar hasta Londres persiguiendo el rastro de los archivos de tu abuelo. Lo cierto es que si mi mamá los escondió allá fue por algo...

—Pero, papá...

Inútil interrumpirlo: siguió hablando sin introducir un matiz.

—Tú eras muy niño para recordarlo. Pero ella siempre insistió en que el mejor lugar para archivar tantas cabezas de pescado era lo más lejos posible del abuelo; y lo cierto es que nunca oí que el papá reclamara por la decisión de tu abuela. Sin embargo, te conozco, y si has llegado tan lejos imagino que ahora no vas a desistir en tu búsqueda. Así que



lo único que puedo decir es que por favor tengas cuidado. Mira, no es mucho lo que puedo hacer por tu causa, no tengo idea del paradero de esos documentos porque la abuela no me lo dijo nunca y la verdad es que, sabiendo cómo era ella, tampoco le pregunté.

—Pero...

Nuevamente me dejó callado.

—Lo que recuerdo es que durante el tiempo que vivió en Londres se alojaba primero en una pensión cerca del King's College, donde hizo un curso corto de literatura, y luego en la casa de un pariente en el norte de la ciudad. La dirección... si mi memoria no me falla... era el 77 de Fitzroy Park... Pero te vuelvo a pedir, hijo mío, que te cuides. Tengo a tu madre aquí a mi lado pidiéndome insistentemente el teléfono para saludarte, pero sé que eso puede significar que estemos colgados a este aparato todo el día y los minutos del satelital son cada vez más caros. Hijo, te mandamos un beso cada uno y un muy fuerte abrazo. Por favor, manténnos informados de los avances de tu búsqueda...

Y eso fue todo. La llamada terminó allí.

Yo no había tenido oportunidad de decirle ni hola y mi padre ya había colgado. Miré la bocina del teléfono algo atontado. Me sorprendía la capacidad de mi padre para monologar por horas. Cada vez que estábamos conversando, si él se callaba un instante, no era para escuchar lo que uno podía opinar o aportar al tema, sino para pensar qué cosa diría a continuación. Pero así era él y a estas alturas no pensaba juzgarlo ni cambiarlo. De hecho, en cierta forma me gustaba su forma de ser. Sonreí y para mis adentros le agradecí por el dato. Ahora sabía hacia dónde dirigir mis pasos al día siguiente.

Estaba de suerte. Tendría tiempo para visitar su antigua casa y buscar en la Universidad de Londres alguna información antes de viajar a Oxford. Encendí mi computador y coloqué el nombre de la calle en el buscador para saber en qué dirección debía viajar al día siguiente.

Tomé las notas necesarias y me acosté con la intención de dormir. Estaba exhausto y los pies me latían más fuerte que las sienes en un día de jaqueca.

Dormí bien... Hasta que algo me sobresaltó a mitad de la noche.

Desperté inquieto. Tenía la desagradable sensación de que alguien se había sentado a los pies de mi cama.

Encendí la luz. Eran las cuatro de la mañana. Observé a mi alrededor con los ojos empañados y comprobé que no había nadie.

La habitación era pequeña y la cama, un *box-spring* que llegaba al suelo, no dejaba espacio alguno debajo; las cortinas eran translúcidas y se veía claramente a través de ellas. Por tanto, no había lugar para esconderse. Salvo por el baño... Me armé de valor, bajé de la cama y no

necesité encender la luz para ver que se encontraba vacío. Sin embargo, algo no estaba del todo bien. Era un hombre desordenado, lo asumía. Pero estaba seguro de haber dejado cerrado el bolso en que guardaba mis artículos de aseo. Y a pesar de ello todas mis cosas se encontraban esparcidas sobre el lavamanos, como si alguien las hubiese registrado. No podía estar seguro de nada, las evidencias se mezclaban con los fantasmas de la imaginación. Sin embargo, por precaución, revisé la puerta de la habitación: estaba cerrada y con el seguro puesto. Me dirigí luego a la ventana. Quería asegurarme de que estuviera bien cerrada. Lo estaba. Nadie había entrado. Concluí que lo había soñado.

Volví a la cama, apagué la luz y permanecí por un rato en estado de alerta. Nada perturbó mi camino de vuelta hacia los sueños. Estaba solo y la tranquilidad volvió en los brazos del cansancio. Pero del otro lado de la vigilia, tras mis párpados, sentí otra vez que alguien me observaba.

«No hay nadie allá afuera», me dije hasta el cuello en el pantano de mis sueños y no hice caso a la presencia. No quería volver a despertar.

## IX

77, Fitzroy Park. Ahí me dirigí a la mañana siguiente.

Tenía la remota esperanza de que la casa continuara en manos de los herederos de la misma familia con la que mi abuela había vivido en sus años de estadía en la ciudad. Pero no fue así: la vivienda era ahora propiedad de un matrimonio de adultos mayores, aparentemente sin hijos, a juzgar por la ausencia de retratos de niños en los marcos de fotos que colgaban de las paredes. Pude darme cuenta de ello gracias a que la dueña de casa, extrañada por el singular propósito de mi visita, me invitó a pasar.

Ambos residentes, jubilados, de un carácter cordial, me llenaron de preguntas sobre mi persona y, por supuesto, sobre la abuela. Lamentablemente, no pude saciar toda su curiosidad porque, sometido a ese amable interrogatorio, volví a comprobar cuán poco sabía sobre mi abuela. Aun así, durante la conversación pude notar en los dulces ojos grises de la dueña de casa una suerte de ensoñación. No me fue difícil adivinar cómo su mente viajaba en el tiempo con cada palabra, reconfortándose con ese escape de la realidad cotidiana. Así disfruté imaginándola fantasear las venturas y desventuras de los seres que habitaron entre esas mismas paredes setenta años antes.

Los dueños de casa podían darme mucho más tiempo y amabilidad que información, ya que no hacía mucho habían adquirido la propiedad, y jamás tuvieron contacto alguno con el dueño anterior. De todas

formas, me ofrecieron la posibilidad de subir al ático para poder revisar por mí mismo y ver si encontraba algún objeto extraviado de los antiguos propietarios. Me advirtieron, eso sí, que la oficina de corretaje de propiedades, antes de venderla, había hecho limpiar, restaurar y pintar la casa.

Agradecí la gentileza, y aunque adivinaba que de poco me serviría, de todas formas subí por simple curiosidad. Y ahí permanecí dando vueltas, por unos minutos, o quizás diez, sin buscar nada en concreto. Cuando me disponía a bajar las escaleras, algo llamó mi atención. Había una pared, cerca de la ventana que daba a la calle y que suministraba luz natural a la habitación. De ella colgaba un conjunto de viejas fotografías en blanco y negro de paisajes alpinos, al parecer austriacos o alemanes, con imponentes castillos en la cima de montañas o encantadores refugios de piedra en laderas de pastizales cubiertos de flores.

Siempre me han gustado las fotos de montaña, así que me acerqué para mirarlas someramente. Me disponía a dejar el ático cuando la impresión dejada por esas viejas fotografías hizo que me detuviera.

«Un momento. Yo conozco uno de estos lugares».

Me devolví hacia la pared y busqué en el conjunto aquella que había llamado mi atención... y ahí estaba. El retrato de una cabaña en un bosque de cipreses bajo escarpadas montañas cubiertas de nieve; al fondo resaltaba una montaña en forma de cono irregular. Yo conocía ese lugar: era, de hecho, un volcán, y no se encontraba ubicado precisamente en los Alpes, sino muy lejos de ahí, en la cordillera de los Andes, a unos dos días de camino, a lomo de caballo, desde la cabaña de mi abuelo. Yo había subido una vez ese volcán, a los 15 años, poco después de su última erupción. Mi padre me llevó a conocer su cráter sur y recordaba perfectamente que la huella discurría por un bosque de cipreses. Ahí se erguía esa cabaña de piedra, que, decía mi padre, era el refugio de un viejo arriero que la usaba cuando cuidaba sus animales desde la primavera hasta el inicio del otoño. Cerca de ahí había afloramientos de aguas termales. Aun cuando había visitado el lugar décadas atrás, lo recordaba bien: estuvimos disfrutando del agua caliente hasta bien entrada la noche, y cuando quisimos salir corría un viento tan helado que casi debimos pasar la noche sumergidos en la terma.

¿Qué hacía una fotografía de ese sitio en el ático de Londres? Debía averiguarlo, de manera que tomé la fotografía y bajé las escaleras para preguntarle a los dueños de casa dónde la habían obtenido. Al verla, la mujer se sonrió divertida por la coincidencia de que la fotografía hubiese sido tomada tan lejos y que yo conociera el lugar. Me dijo que las fotografías eran una de las pocas cosas que habían quedado abandonadas en el ático y que, como le parecieron hermosas, prefirió colgarlas allí mismo

antes que tirarlas. Me pidió que me quedara con ella como recuerdo, ya que pocas veces ella o su marido subían hasta allí. Fingí no aceptar el obsequio, pero ella insistió y me quedé con la foto, agradecido. No se trataba de un documento como aquellos que había ido a buscar, pero de todas formas tenía un valor sentimental para mí.

Salí de la casa con una sonrisa, la misma que pusieron sus dueños al despedirse amablemente de mí. Antes de darles la espalda y perderme para siempre de la vida de esa pareja, me detuve, saqué mi tarjeta de presentación y anoté allí mi número de teléfono móvil. Me volví hacia la mujer y se la entregué, quizás en un intento de no perder todo contacto con ellos. Luego enfilé calle abajo en dirección al parque de Hampstead Heath. Pensaba caminar un rato para ordenar mis ideas y me sedujo la alternativa de abandonar las calles para pisar un rato sobre césped y observar algo de naturaleza en su gélida melancolía invernal.

Pero mientras avanzaba, constantemente volvía a centrar mi atención en esa fotografía. ¿Qué hacía allí? ¿La habría mandado mi abuela como recuerdo a los familiares que la hospedaron, para mostrarles imágenes del lugar donde vivía con el abuelo?

Caminé por mucho rato. Cuando caí en cuenta de ello, me encontraba en el concurrido barrio de Camden Town. Eran cerca de las siete de la tarde y hacía un buen rato que ya estaba oscuro. Sin embargo, la calle permanecía atiborrada de gente. Un mar de transeúntes salía y entraba de las estafalarias tiendas mientras viejos punks repartían volantes de comida rápida.

Entre tanta gente no noté que se acercaban.

Era un grupo de jóvenes, ninguno sobrepasaría por mucho los 20 años de edad. Eran algo así como una tribu, todos vestidos de negro, con largos abrigos de fieltro, camisas de cuellos y mangas bordados; todos de apariencia andrógina, piel pálida, ojos y labios pintados y pelo largo, liso y de un color negro azulado; todos usando botas con terraplén.

Se movían directo hacia mí, a paso rápido. La mayoría de la gente, al verlos, se apartaba. Pero yo estaba todavía absorto pensando en esa antigua fotografía, así que no alcancé a hacerme a un lado e impacté de frente al joven que iba encabezando el grupo.

Algo aturdido, levanté la vista de la fotografía y lo vi claramente. Llevaba su cara blanca, como si hubiese permanecido largo tiempo muerto en el congelador de una morgue, y la nariz y los labios llenos de piercings unidos por cadenas. Desde su frente hasta su mejilla se extendía la imagen tatuada de un dragón. Tras el impacto, me dio un fuerte golpe en el hombro con el puño cerrado. Casi pierdo el equilibrio y, para no caer, debí soltar la fotografía. De inmediato se armó una suerte de revuelo. El joven que me golpeó se quedó observándome unos

segundos con una mirada de ira fría, como la de un lobo que estudia a su presa. Yo estaba sorprendido por el golpe y avergonzado por la situación: sentía que lo que fuera que había pasado había sido mi culpa, así que intenté disculparme... Pero no tuve tiempo de pronunciar una sola palabra.

El joven se abalanzó sobre mí y volvió a empujarme, esta vez con la clara intención de arrojarme al piso. Pero mis casi dos metros de estatura y mi contextura, bastante más robusta que la suya, impidieron que cayera. Mi agresor, al notar que por la fuerza no había logrado humillarme lo suficiente, comenzó con insultos que, por su jerga ininteligible, no logré entender.

El grupo de jóvenes de apariencia vampírica pareció multiplicarse y comenzó a rodearme. El muchacho que me había empujado y que parecía ser el líder, pisó algo en el suelo, que sonó a vidrio roto. Era mi fotografía. La miró un instante y la recogió, sacándola de su marco hecho añicos. La observó de cerca un breve instante y después la dio vuelta. Al parecer leyó algo allí, frunció el ceño y luego me dirigió una mirada entre preocupada e iracunda.

—Así que es verdad... eres un *recolector* —me dijo, sorprendido—. ¿En serio crees que puedes cambiar en algo la historia? ¿Que puedes venir aquí impunemente? ¿Acaso no han aprendido nada? Te lo voy a decir claramente: por tu bien, vete de esta ciudad. Los que querían hacer de ella una trinchera están todos muertos y tú les seguirás pronto.

No podía entender a qué venían los insultos y mucho menos el significado de esas amenazas. Pero tampoco quería averiguarlo.

Intenté caminar hacia atrás para alejarme del lugar, pero algunos de los miembros del grupo me cortaron el paso. Hubiera podido romper el sitio, eran jóvenes delgados que no tenían la experiencia para contrarrestar un buen puñetazo o una certera patada, y algo sabía yo de eso: crecí de vecino de un niño aprendiz de karateca que había muerto trágicamente, hacía ya muchísimos años, en un accidente de artes marciales. En la época de mis primeros años de escuela venía cada tarde a mi casa y, con enorme paciencia, se dedicaba a transmitirme, con la gratuidad de los verdaderos amigos, los movimientos y técnicas que sus maestros le enseñaban.

Sin embargo, eso no fue necesario. Para mi fortuna, un fuerte pitazo sonó a poca distancia. Era un policía que desde la otra cuadra se había percatado de lo ocurrido y a trote rápido se dirigía hacia nosotros, llamándonos la atención para que se detuviera el disturbio y la gente circulara. El pito tuvo un efecto inmediato en el grupo, que comenzó a dispersarse hasta que solo quedó frente a mí el joven que había intentado golpearme. Se acercó un poco más hasta que pude ver con detalle sus

ojos. Llevaba lentes de contacto de un intenso color rojo. Me extendió la mano con la fotografía justo en el momento en que llegaba el policía y con mano decidida lo alejaba de mi lado.

Alcancé a recoger la fotografía, pero en ese momento no fui consciente de lo que en realidad estaba tomando. La metí en mi bolsillo y rápidamente bajé por la escalera mecánica que se adentraba hasta las viejas líneas del tren subterráneo.

## X

Como si el día no hubiese tenido sobresaltos suficientes, una extraña sorpresa me esperaba en el hotel.

La recepcionista me detuvo para informarme que durante mi ausencia había recibido una llamada y que quien la había hecho, una mujer llamada Margarethe, necesitaba contactarme en forma urgente.

No conocía a nadie de ese nombre.

Inicialmente pensé que podía tratarse de la encantadora mujer a la que había visitado horas atrás, cuyo nombre no recordaba, tal vez por olvido, o quizás porque nunca se lo pregunté. Me reproché el descuido.

Ya en mi habitación revisé mi celular por si tenía una llamada perdida que no hubiese oído de camino al hotel, pero nada. En todo caso, si el recado provenía de la mujer de Fitzroy Park, me llamaba la atención que me hubiera telefonado directo al hotel. Sobre todo porque no recordaba haberle dicho dónde estaba alojado.

Debía salir de dudas y marqué el número que la mujer dejó registrado con la recepcionista. Me contestó una voz joven, suave y, aunque no soy experto, con un notorio acento irlandés. A pesar de que creo tener buen oído, no logré reconocer de quién se trataba. Por el contrario, la mujer sí pareció saber de inmediato con quién hablaba y, al oír mi voz, se dirigió a mí en un tono muy atento, llamándome por mi nombre, con curiosa familiaridad.

—Hola, John, qué bueno que al fin puedo contactarme contigo. Te agradezco enormemente que hayas devuelto mi llamado... Primero que nada quiero presentarme, mi nombre es Margarethe O'Brien, soy doctora en Física en la Universidad de Cambridge. Sé que te debes estar preguntando quién soy y por qué parezco conocerte. Ocurre que tú y yo estamos emparentados... Nuestras abuelas eran primas hermanas, y muy unidas, por lo demás. No sé si lo sabías.

Guardó silencio unos segundos, quizás para darme tiempo a que procesara lo que me había dicho, y luego agregó:

—Entiendo que mi llamada pueda parecerte extraña, pero sucede

que el día de ayer he recibido un correo de tu padre, comunicándome que estabas en Londres y el motivo de tu visita. Me ha pedido que, por favor, te ayude en tu búsqueda, cosa a la que he accedido encantada. Tal vez yo pueda tener información que te sea útil para dar con el paradero de los escritos de tu abuelo.

Me hallaba completamente sorprendido por el golpe de suerte que estaba teniendo, y apenas si atiné a responder:

–Tienes razón, tu llamada me ha tomado por sorpresa. Pero de todas formas debo confesarte que me alegra. Para mí constituye un consuelo saber que hay alguien capaz de ayudarme... Tengo planeado viajar a Oxford dentro de unos días. ¿Crees que ahí puedo dar con algo de información?

–Bueno, es posible que eso sea de ayuda. Pero... ¿serías tan amable de juntarte conmigo en el pub Blank Queen dentro de una hora? Me gustaría conocerte y conversar con mayor profundidad acerca de lo que estás buscando. El pub queda en la calle Old Brompton, cerca de su hotel; puedes consultar en la recepción, ahí te darán las indicaciones de cómo llegar.

–Encantado, Margarethe. Ahí estaré en una hora –le respondí no sin inquietud; los sucesos de Camden Town me habían despertado un natural estado de alerta y desconfianza.

No tuve mucho tiempo para meditar lo que significaba todo eso. Ni en qué haría una vez que llegara al pub. ¿Cómo reconocería a mi interlocutora? ¿Sería ella capaz de reconocerme a mí?

Una vez en la vereda, algo, además del frío, caló mis huesos hasta adueñarse de mis nervios. Un grupo de jóvenes vociferaba a diez metros de mí. Parecían estar ebrios. Las voces pastosas y destempladas me recordaron el desagradable incidente que había protagonizado hacía unas horas. No estaba dispuesto a pasar nuevamente por una experiencia similar, así que tomé rumbo en dirección opuesta al grupo; prefería dar un rodeo a enfrentar a una banda de vagos ebrios.

El pub era similar a todos los pubs, con su barra llena de esos ansiosos oficinistas bebiendo pintas y mirando los partidos de fútbol de turno que se transmiten en las pantallas de TV que cuelgan de las paredes. Me acerqué a la barra. Mi altura, que dicho sea de paso era herencia del abuelo, me facilitó la tarea de captar la atención del barman. Pedí una pinta de Stella. Necesitaba algo suave para comenzar. Los acontecimientos ya dirían si la siguiente debía ser de Guinness.

Apenas alcancé a dar el primer trago cuando una mano tocó mi espalda. No era un toque casual, quería atraer mi atención. Me volteé rápidamente y miré con evidente ansiedad.

Una mujer alta, de cabello rubio y largo, de grandes ojos azules, piel tersa y muy blanca, nariz fina y respingada, me miraba sonriente. Su textura era distinguida y delgada. En síntesis, una mujer de verdad hermosa, una aparición que no esperaba y que se salía completamente del contexto de mis expectativas.

Una aparición que alivió mis temores pero no borró el misterio.

—¿Disculpa? —balbuceé esperando que me dijera algo, cualquier cosa. Pero se quedó en silencio, sonriendo, esta vez mucho más cerca de mí, y mantuvo el suspenso por unos instantes.

«Preciosos dientes», pensé. Las cosas se ponían aún mejores.

—John, soy Margarethe, tu prima de... —pensó un segundo y luego continuó en un tono híbrido, entre afirmación y pregunta— ¿cuarto grado?

Yo que ni idea tengo de esa nomenclatura y de la forma de contabilizarla, me limité a asentir y a formular el saludo de rigor:

—Pues mucho gusto de conocerte... prima.

## XI

Nos dirigimos a un rincón del pub buscando un lugar donde sentarnos. Conseguimos una pequeña mesa, lejos de la barra, en la esquina menos saturada del local, y ahí pudimos dar inicio a la conversación que hacía una hora quería comenzar.

—Bueno, no puedo sino estar sorprendido —comencé—. No tenía idea de tu existencia. Recién hablé con mi padre ayer en la noche y no me dijo ni una sola palabra sobre que tuviese parientes en Londres y menos que ellos supieran de mí.

La mujer sonrió y contestó a mis preguntas con expresión ingenua.

—Tal vez lo olvidó. No sería extraño viniendo de él. ¿No es así?

—Ciertamente —respondí no muy convencido.

—Él me ha dicho que es muy distraído... al igual que tú —esa imputación me causó algo de rubor—. ¿Y cómo va Londres, tu búsqueda?

—Todavía estoy lidiando con el frío. No he tenido mucho tiempo para recorrer la ciudad. Y en cuanto a mi búsqueda, la verdad no he logrado nada... Ni siquiera sé muy bien por dónde comenzar.

—Te entiendo. No debe ser fácil ir detrás de alguien sobre quien tan poco sabes.

No me gustó esa aseveración.

—¿Poco? No diría eso. Mi abuelo y yo fuimos muy unidos hasta el momento de su muerte.



–Ya veo –murmuró Margarethe, pensativa.

–Así es; de hecho, estoy comenzando esta investigación como un homenaje a su memoria, precisamente porque fue muy importante para mí.

La mujer guardó silencio unos segundos y se quedó contemplándome con sus ojos entrecerrados. Como si estuviera tratando de decidir si me revelaba o no un secreto.

–Dime una cosa, John, ¿alguna vez oíste hablar en tu familia acerca de la amistad que tu abuelo tuvo con Carl Jung?

La pregunta no me quedó clara. No estaba nada seguro de lo que buscaba con ella. Me descolocó por completo. Por eso me limité a responder con otra pregunta:

–¿De qué Jung hablas...? ¿El psiquiatra? ¿El discípulo de Freud?

No esperaba una respuesta afirmativa, pero ella asintió. Quedé aún más confundido.

–¿Y qué tiene que ver el señor Jung con mi búsqueda de los documentos de mi abuelo?

Margarethe se demoró unos segundos en contestar. Me dio la impresión de que me volvía a escrutar, de que buscaba algo y yo no sabía cómo interpretar esa intención. Sentía el peso de una mirada mucho más adiestrada que la mía en las razones de por qué me encontraba en ese pub de Londres. Y seguramente ya tenía preparadas sus respuestas.

–Efectivamente –me confirmó–. Aunque más bien preferiría referirme a él como el aprendiz de...

Margarethe hizo una pausa y luego concluyó:

–De alquimista... Nigromante.

Los ojos de la mujer brillaban como los de una niña que se apronta a relatar un gran cuento de misterio a un grupo de amigos. Pero la conversación tomaba un rumbo definitivamente más pesado.

–Bueno... La verdad es que mi abuelo jamás me dijo que hubiera sido amigo de Jung y en casa nadie nunca comentó algo parecido. De haber sido así, es más que seguro que lo hubiera sabido.

Me recliné sobre la mesa, tomé un pequeño sorbo de cerveza para suavizar mi garganta y continué con una voz que me pareció titubeante:

–En todo caso, eso que dices sobre que Jung haya sido nigromante y alquimista suena... digamos que difícil de procesar. Asumo que, con eso, quieres decir algo así como mago, ¿no es cierto? Pero no de esos que hacen trucos en shows televisivos.

–Algo así –dijo ella con sensual respingo de nariz.

–¿Es una suerte de metáfora?

Ella negó con su cabeza a la vez que se mordía el labio inferior y cerraba levemente un ojo, en un gesto de complicidad.

Quise sonreír, se trataba de una información ininteligible para mi mente de médico, sin duda una tomadura de pelo perdonable apenas por el hecho de que el mensaje había sido entregado por un emisario adorable. Preferí mantenerme serio y continuar indagando el significado de aquellas palabras.

—Debo confesarte que esa amistad me resulta un hecho absolutamente nuevo y, para serte franco, no veo qué relación pueda tener con mi abuelo, ni cómo ese dato puede ayudarme a dar con sus papeles.

Volví a inclinarme sobre la mesa y esta vez di un buen sorbo a mi cerveza.

—En todo caso —continué diciendo mientras me limpiaba la espuma de la boca con la palma de mi mano—... sobre eso de la magia, lo que tengo entendido es que el mismo Jung se interesó también en la alquimia como una forma de expresión del inconsciente.

Detuve mi réplica para beber otro sorbo de cerveza —estaba haciendo calor en ese lugar—, y agregué:

—Según recuerdo haber leído en algunos libros de psicología re-dactados por discípulos o colaboradores de Jung durante mi época de alumno en la Facultad de Medicina, ese interés tenía un carácter netamente científico y no se debió a que Jung quisiera aprender al pie de la letra los absurdos conjuros de los antiguos alquimistas...

Margarethe se limitó a escuchar mirándome a los ojos con una expresión deferente mientras quitaba con su lengua la espuma de cerveza que tenía en su labio superior.

—Lo que, según entiendo, le llamó la atención al señor Jung —concluí— es que creyó leer en la rebuscada y hermética iconografía de los textos alquimistas elementos que la hacían una suerte de codificación o mapa del inconsciente y, por ello, eran aplicables a su ciencia de la psicología. O sea, descubrió que la alquimia era, básicamente, una descripción de la parte inconsciente de la psiquis humana y, consecuentemente, un camino para descifrarla.

Lo que Margarethe dijo a continuación, tras escucharme con fingido interés, echó por tierra toda mi disertación genérica sobre el personaje.

—Puedo ver que tienes una visión prejuiciosa sobre la alquimia. En todo caso, no te juzgo. No es extraño que hoy la gente tenga fe únicamente en la ciencia y catalogue algo tan oscuro e ininteligible como la alquimia dentro de las artes esotéricas; pero en realidad te equivocas respecto de esa —pensó un momento el término que escogería—... ciencia.

Guardó silencio un segundo, como para que yo procesara la palabra que había empleado, y prosiguió:

—Sí, John, digo «ciencia» a sabiendas de que hoy es calificada con desprecio, al igual que la astrología y todas las disciplinas que estudian

lo paranormal. Pero la verdad es que una parte de la alquimia me parece hoy en día, y esto te lo dice una mujer que es doctora en Física, mucho más seria y real que las disciplinas académicas que aborda la ciencia ortodoxa.

Mientras me hablaba yo no podía despegar la mirada de sus ojos que brillaban a pleno, como si de ellos mismos emanara una luz propia. Era como si de noche mirara desde el exterior de una cabaña una pequeña vela encendida en el interior. Casi podía oír el canto dulce de unos grillos rodeándola, el olor a leña de la chimenea ubicada en algún rincón. Toda ella era... cálida. Un espacio acogedor.

«Sin duda es hermosa», pensaba mientras intentaba adivinar su edad. Debía estar bordeando los 30 años. Enredado en su voz repasaba sus rasgos: tenía una cara preciosa, adornada por esos grandes ojos azules que resaltaban aún más gracias a sus pestañas largas. Tenía una nariz que parecía dibujada por un maestro y unos labios que quitaban el aliento.

Y estaba ahí, frente a mí, hablando con pasión sobre un tema que de verdad no me interesaba en lo más mínimo, pero que me resultaba ensoñador cuando sus palabras eran inoculadas a mi mente por la inquietante luz de sus ojos.

Me miró, claramente esperando una reacción de mi parte, la misma que no recibió, ya que yo no sabía cómo hacerlo, si reír, si ponerme serio o mostrarme sorprendido. Entonces agregó:

—Tampoco estás en lo correcto al pensar que Jung le atribuyó importancia a la alquimia únicamente movido por un interés científico. Si hubieses conversado con tu abuelo sobre ello, de seguro te lo habría explicado.

Me miró fingidamente molesta por mi insensible ignorancia y continuó diciendo con ese adorable tono de misterio:

—Los arquetipos que Jung encontró en la iconografía y simbología alquimista tienen una cierta conexión con el inconsciente, lo que quiere decir que los alquimistas, para encriptar sus conocimientos, hicieron uso del lenguaje de los sueños. Pero su valor va mucho más allá de eso. La alquimia que llegó hasta nosotros es como un fósil —agregó, y en ese momento su mirada se puso realmente seria—. Es como el conjunto de huesos calcinados y degradados del conocimiento más antiguo de la especie humana... Aun cuando la palabra «alquimia», en realidad no es la correcta para denominarlo.

Fue entonces que pareció necesitada de desviar el tema hacia otro lado:

—No sé si sabías que Jung, desde su infancia, fue una persona muy conectada con las experiencias parapsicológicas. De hecho, él mismo

vivió varias situaciones de ese tipo. Un dato interesante es que heredó de sus dos abuelos el interés por las ciencias... ocultas. Su abuelo materno era un rabino versado en parapsicología y en la Cábala; su abuelo paterno fue un científico exiliado de la Universidad de Heidelberg, donde tu propio abuelo, Carl Feller, hizo clases durante bastante tiempo. El abuelo paterno de Jung, al irse de Heidelberg, se trasladó a Suiza, a Basilea, donde fundó una universidad. Fue gran maestro de la francmasonería y un muy buen amigo de Alexander von Humboldt, el francmasón que se hizo famoso por sus expediciones durante el siglo XIX. De hecho, a Von Humboldt se debe, y de seguro lo sabes, el nombre de la corriente fría del océano Pacífico que baña las costas de Sudamérica desde la Antártica siguiendo longitudinalmente por Chile y Perú. Lo interesante es que esa corriente, estudiada y nombrada por Humboldt, es la causa del fenómeno de altas presiones que hace muchos millones de años dio origen al desierto de Atacama, el más seco del mundo, el mismo donde, según entiendo, tus padres están trabajando en un reciente y poco conocido descubrimiento arqueológico.

Margarethe me miró en silencio apenas por un instante y remató:

—Dime, ¿crees acaso que todo esto es una simple casualidad?

Ignoraba los detalles de las investigaciones de mis padres, por lo que no pude entender a qué podía estar refiriéndose. Por eso no hice comentario alguno.

—Pero bueno —retomó la mujer—... Volviendo a Jung, que ya tendremos tiempo de hablar de Von Humboldt y del desierto, esa conexión con lo del más allá lo movió a lo largo de toda su vida y lo llevó a buscar respuestas que le permitieran entender en profundidad el fenómeno de lo humano. De hecho, en su juventud quiso encontrar las respuestas que buscaba en la religión, pero, como tantos, al poco andar se sintió desilusionado de la teología.

La hora avanzaba y yo me sentía cada vez más lejos de mi búsqueda, pero cada vez más encantado con mi hallazgo.

—Jung, en su afán por lograr un entendimiento del fenómeno de la necesidad de trascendencia, que está presente casi sin excepción en todos los seres humanos, destinó mucho de su tiempo a viajar por África, para tomar contacto con las tribus que, en pleno siglo XX, todavía vivían en estado primitivo. Su primer viaje lo hizo en 1925. En él realizó estudios antropológicos muy interesantes, tendientes a explicar el fenómeno de la universalidad de los mitos, para entender cuáles elementos simbólicos y por qué están presentes, con pequeñas variaciones, en casi todas las culturas humanas.

Margarethe continuaba abrumándome con anécdotas y efemérides que mi cabeza no podía hacer coincidir con mi propio relato del pasado

de mi abuelo, hasta que dijo algo que de súbito captó de nuevo mi atención:

—Fue en sus viajes a África, en el año 1925, concretamente a Kenia y Uganda, que Jung se puso en contacto con un peculiar sujeto. Su nombre era Maximilian Miller, un antropólogo por afición que se encontraba en ese tiempo realizando excavaciones en el valle del Rift, en Kenia, y en los alrededores del monte Elgon, en el vecino protectorado británico de Uganda, hoy un parque nacional de impactante belleza. En ese tiempo, Miller estaba concentrado en excavar en el cráter extinto cerca de la cima de aquella montaña, a casi 4.000 metros de altura. Jung quedó sorprendido, y a la vez encantado, con la personalidad extravagante de ese hombre menudo y de ojos saltones que hacía ya bastante tiempo vivía solo en aquel lugar remoto, trabajando con los locales en una tarea que parecía carecer de todo sentido. El señor Miller buscaba los restos fósiles de una civilización primitiva. Una civilización que, según decía, tenía cerca de un millón de años de antigüedad, lo cual colocaba el origen del hombre mucho más atrás de todo lo conocido hasta esa fecha... Y Miller decía tener indicios de ello.

Margarethe se inclinó un poco más hacia a mí.

—La posibilidad de verificar esa teoría atrajo de inmediato el interés de Jung. De hecho, participó en forma personal en las excavaciones, entusiasmado tal vez por el hecho de que su vocación original, antes de optar por la medicina, había sido la arqueología. Jung estaba obsesionado en la búsqueda de la *finalidad*. Quería entender el propósito de la vida humana, el para qué de la conciencia. Su estadía en África lo había acercado como nunca antes al estado *original* de la vida, a la naturaleza anterior al hombre; y ahí, él podía sentirlo, se encontraba parado en el principio mismo, en la «cuna de la humanidad». Ese sentimiento excitaba su pasión por conocer y aprender del ser humano y ahora Miller le aseguraba estar escurriendo en el lugar preciso donde ese principio pudo haber tenido lugar.

Lo que Margarethe acababa de decir aceleró inmediatamente mi corazón. Era precisamente eso lo que yo estaba buscando. Mayores antecedentes sobre la historia del señor M... y de los cuentos de mi abuelo. ¡Y ese tal Maximilian Miller no podía ser otro que el señor M... del diario del abuelo!

Quería saber más sobre ese personaje, por lo que interrumpí el relato de Margarethe.

—Dijiste que Miller tenía indicios para fundamentar su teoría. ¿Qué indicios?

—Tres años antes, Miller trabajaba como estudiante en el Museo Británico, en el edificio dedicado a su colección de historia natural, hoy

conocido como el Museo de Historia Natural de Londres. Ahí hizo el descubrimiento que había de cambiar su vida...

—El fósil de *Megantereon*—volví a interrumpir—... lo sé. Esa historia me la relató el abuelo cuando niño, y también marcó mi vida. Solo que no sabía el nombre del autor de los descubrimientos. Maximilian Miller —repetí saboreando cada letra de ese nombre—; así que ese era su nombre...

Margarethe sonrió de manera afable.

—¿Ves? Es cierto que puedo serte de ayuda. Déjame seguir.

Bebió otra vez de su cerveza y limpió los restos de espuma de sus labios, esta vez con el dedo pulgar. Tenía en él un hermoso anillo que representaba una serpiente. Estiró su columna alzando los brazos al aire, lo cual dejaba aún más en evidencia su hermoso cuerpo. Se acomodó en su silla y continuó...

## XII

Lo que Margarethe dijo a continuación consolidó para siempre aquel cambio en mi vida que había comenzado a fraguarse meses antes, aquella noche lluviosa de invierno en que encendí mi computador. Entonces no podía saberlo, claro. Pero así fue.

—Los registros de la estadía de Jung con Miller se encuentran en muchas cartas que ambos dirigieron a tu abuelo. Cartas que hablan sobre un descubrimiento y una urgencia. Algunas de esas cartas las tengo yo.

—Pero... ¿Cómo? ¿Por qué?

Mi voz me sonaba a mí mismo casi metálica, como si un robot hablara desde mi interior. Si esa mujer buscaba intrigarme, lo había logrado. Un golpe de adrenalina encendió un caldero en el centro de mi pecho.

—¿Qué hacen esas cartas en tu poder y por qué nunca supe nada de ellas? Además... ¿A qué urgencia podrían estar refiriéndose? Hasta dónde sé, el abuelo jamás vivió acosado por situación de urgencia alguna.

La mujer me miró en forma serena, como invitándome a tomar las cosas con calma. Luego me explicó:

—Ya te dije que mi abuela era prima de tu abuela, Elizabeth Lynch. Se llamaba Violet... Violet Lynch. Ambas eran muy unidas, casi hermanas. De hecho, supe que tú existías cuando yo era aún muy niña. Tú te volviste ese querido y especial pariente lejano de las historias de mi abuela. Yo adoraba oír sus relatos sobre nuestra familia que vivía en Sudamérica, y a ella le encantaba comprar mi compañía mientras tejía, dejando esas historias siempre a medio terminar.